



The Evangelical Lutheran Church in Jordan and the Holy Land (ELCJHL)

PO Box 14076, Muristan Road • Jerusalem, Israel 91140 • +972-2-626-6800

Cincuenta años de testimonio vivo y de diaconía creativa

Servicio de aniversario, 17 de mayo de 2009
Iglesia Luterana el Redentor, Jerusalén

Obispo Dr. Munib A. Younan
administration@elcjl.org

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios, el Padre, y la comunión del Espíritu Santo sean con ustedes por siempre ...

«Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra, de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta e imitad su fe. Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (Heb 13.7-8).

Estimadas hermanas y hermanos en Cristo:

Una mañana, Napoleón Bonaparte llegó a uno de los balcones del palacio de Louvre y, tomando a su hijo, el príncipe heredero en sus manos, declaró al pueblo: «El futuro es mío». Luego de muchos años, el conocido poeta francés, Víctor Hugo, le respondió al emperador en un poema: ¡No, el futuro le pertenece a Dios!

Los años pasaron, y Bonaparte fue derrocado y pasó el resto de su vida preso en la isla de Santa Helena. Y repasando su pasado y presente, sus acciones y guerras, sus victorias y derrotas, dijo: Lo que establecí con la espada y el cañón ha colapsado. Pero lo que tú, Jesús de Nazaret, estableciste con amor y sacrificio, permanece para siempre.

Esa fue la introducción del sermón del primer presidente del Sínodo de la Iglesia Evangélica Luterana en Jordania y Tierra Santa (ELCJHL, por sus siglas en inglés), el fallecido pastor Shadeed Baz Haddad, en la primera sección del Sínodo en el 1959. Hoy estamos con aquellos que nos precedieron y los que todavía trabajan con nosotros, para celebrar lo que los misioneros antiguos establecieron hace 170 años con amor y sacrificio.

Estamos con aquellos que unieron la Iglesia al establecer el Sínodo, y con aquellos que establecieron el obispado árabe en el 1979. Estamos con ellos en humildad, sin embargo, estamos orgullosos en saber que el Espíritu Santo está trabajando en nuestra Iglesia. Estamos con Propst Weiggelt, que era el líder espiritual de esta Iglesia en aquel tiempo. En la primera sección del Sínodo, él dijo: “Por más 130 años, pastores y laicos, árabes y alemanes, en la Iglesia y en las Escuelas Evangélicas Luteranas, trabajaron juntos, inspirados en la palabra de Dios y en su Espíritu, desde la perspectiva espiritual, y desde la perspectiva moral y fiscal, con el apoyo recibido desde Berlín del *Jerusalemsverein*.

Ese apoyo se expandió con la teología del acompañamiento y con el establecimiento del Comité Internacional de Coordinación de Apoyo (COCOP, por sus siglas en inglés). Hemos desarrollado relaciones de iglesia a iglesia, y hemos firmado acuerdos de acompañamiento con denominaciones hermanas en Finlandia, Suecia, Alemania, Noruega, EUA, Canadá, y también con la Federación Luterana Mundial. Agradecemos a todas estas Iglesias, nacionales e internacionales, que nos han ayudado a ser una Iglesia Luterana Evangélica Árabe y Palestina, que predica la palabra de Dios y le sirve al pueblo de Dios. Estoy de acuerdo con el poeta Hugo, cuando decía: “El futuro le pertenece a Dios”. Por eso decimos: “El futuro le pertenece a cada iglesia viva, que sirve con amor y sacrificio. El futuro es de todas las iglesias en las cuales Cristo nunca se hace viejo, y que continuamente la revive, “porque Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos”.

Se ha dicho que un evangelista famoso le preguntó a un candidato al ministerio, cuándo había decidido estudiar teología. El estudiante respondió: “Fue cuando escuché un sermón en la escuela de la iglesia”. El evangelista le preguntó: “¿quién era el predicador?” El estudiante respondió: “No recuerdo su nombre. Todo lo que sé es que el predicador me enseñó el rostro de Jesucristo”.

Por esa razón, si usted me pregunta hoy por una lista de nombres de esa nube de testigos que trabajó para establecer esta Iglesia, le debo decir: “No recuerdo los nombres. Sólo recuerdo que nos han enseñado el rostro de Jesucristo. No nos dejaron nada, excepto un ejemplo viviente y una inspiración renovada”. El día de hoy, podemos ser iglesias y podemos servir por ese testimonio viviente y esa diaconía creativa. Por esa razón, desde que comenzó el movimiento evangélico en el Oriente Medio en el siglo 19, la iglesia ha dado buen fruto.

Tampoco recordamos todos los nombres de aquellas personas que sirvieron en la familia evangélica, ya sea en la Tierra Santa o en todo el Oriente Medio. Pero lo que sí sabemos es que Dios los envió como ejemplo e inspiración para nosotros. El mensaje era bien claro. Ellos revivían la palabra de Dios en los corazones de la gente; establecieron escuelas y universidades; tradujeron la Biblia al idioma árabe; afirmaron la conciencia de ser responsables por la tierra en que vivimos; comenzaron el movimiento ecuménico; establecieron iglesias y construyeron templos; y crearon ministerios sociales y médicos.

Y desde el establecimiento de nuestro Sínodo, el 17 de mayo de 1959, la Iglesia Luterana ha florecido continuamente; nuestro trabajo ha aumentado; nuestra estructura administrativa está mejor organizada. Hemos establecido Iglesias en Ramalla y Ammán. Respondemos a las necesidades de la Sociedad al establecer programas de servicios que apoyan a los cristianos en sus tierras y les ayudan a continuar con la responsabilidad de ser testigos vivientes. No estoy en posición de contar todo lo que hacemos o de enorgullecirme, pero sí debo decir que este ministerio es testigo de que el Señor ha enviado al Espíritu Santo para que esté con nosotros. A pesar de nuestros errores y dificultades, nuestro Señor resucitado nos ha hecho una Iglesia viviente, con testimonio viviente y una diaconía creativa.

Hace 30 años, establecimos el obispado luterano evangélico y árabe. Nuestro Sínodo votó por unanimidad a favor de esa decisión, que ha sido bendecida e histórica. Todas nuestras iglesias colaboradoras apoyaron esa decisión. El primer obispo palestino y árabe fue el finado obispo David Haddad, y el segundo fue el también fallecido obispo Naim Nasser, ambos me brindaron lo que ellos habían recibido. En mi consagración, en el 1998, yo declaré las palabras del Apóstol Pablo: “Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para la salvación de todos” (Rom 1.16). Declaré públicamente que mi misión es la misión de mi Iglesia; que es, proclamar las buenas nuevas, celebrar los sacramentos, educar las generaciones del vientre a la tumba, trabajar por la unidad de la Iglesia e incentivar la reconciliación entre las personas. Yo continuo aquí con nuestra Iglesia, sus congregaciones, sus escuelas y sus instituciones educativas, culturales, diaconales y sociales, y le digo a Dios: “Señor, continua haciéndonos buenos ejemplos, al ser testigos vivientes, inspiración renovada y ofrenda vital de diaconía, para que podamos continuar el trabajo de anunciar que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos.

Estimadas hermanas y hermanos en Cristo, la iglesia de la resurrección nos enseña que el poder de la iglesia cristiana no está en sus números, ni en su poder político, ni en su historia, ni en sus edificios, ni en sus propiedades, ni en sus cuentas de bancos. El poder de la iglesia está siempre en su proclamación vital del evangelio de salvación, y en su impacto constructivo y positivo en la sociedad. La ECJHL –como todas las iglesias en la Tierra Santa y en el Oriente Medio- es pequeña en número. Su poder se basa en que le permite al Espíritu Santo trabajar en nosotros, guiarnos y dirigirnos, permitiéndonos ser la expresión local del luteranismo evangélico mundial.

El amor de Dios trabaja en nuestra Iglesia, y por eso servimos a otras personas sin consideraciones de género, doctrinales, políticas o de afiliación religiosa. El amor de Cristo se refleja en nosotros a medida que le servimos a otras personas por el bien de la humanidad. Nuestro testimonio viviente y diaconía creativa, ha convertido esta Iglesia en un instrumento de paz, basado en la justicia. Hemos desarrollado ministerios de reconciliación y de defensa de los derechos humanos, incluyendo el de las mujeres; hemos iniciado diálogos entre las religiones y programas educativos para las generaciones próximas, para que se conviertan en apóstoles del amor. Por esa razón, yo digo que nuestra Iglesia ha movido sus púlpitos a las calles, al ser testigos vivientes en nuestra tierra y al responder al llamado de Dios para que llevemos a efecto una diaconía vital.

El cristianismo árabe ha existido desde el primer día de pentecostés. Nuestra Iglesia, como parte de la familia evangélica, es parte integral de este testimonio árabe continuo. Si usted lee la historia de nuestra Iglesia, observará que se ha mantenido firme en medio de turbulencias políticas y económicas. A eso simplemente respondo: “Dios nos ha puesto aquí para llevar a efecto una comisión santa”. El secreto de nuestra existencia es nuestra diversidad, que sirve como ejemplo viviente y como fuente de inspiración. Dios llama a todas las iglesias y a todos los cristianos a la unidad, a trabajar juntos, a testificar juntos, a sanar juntos, y a trabajar juntos por la justicia. Por esa razón, la ECJHL le extiende sus manos a todos nuestros hermanos y hermanas en las iglesias de Jerusalén, y les dice: “Dios nos ha llamado a servir con ustedes, a testificar con ustedes, y a orar y llevar el mensaje de amor con ustedes, para que la bandera de Cristo ondee sobre nuestra tierra”. A nuestras hermanas y hermanos que viven con nosotros y sirven a los cristianos expatriados en Jerusalén, les decimos que nuestra Iglesia está al servicio de ustedes para proclamar el mensaje de Cristo. Y les decimos a nuestras hermanas y hermanos evangélicos en el Oriente Medio y de otras familias denominacionales, que Dios nos ha llamado a ser testigos de su amor juntos, porque el mundo espera escuchar una voz que hable el mensaje del amor, la justicia y el servicio.

También queremos decirles a los representantes de nuestras iglesias colaboradoras en el mundo, que la ECJHL desea compartir con ustedes el mensaje de amor y vocación cristiana. Trabajaremos con ustedes a nivel local y global, a favor de la justicia social, el balance de género, y en la respuesta a los problemas mundiales, como el cambio climático global. Colaboraremos para oponernos a todas formas de extremismos, xenofobia, antisemitismo, islamofobia o cristianofobia. Nuestra Iglesia está preparada para trabajar con ustedes, porque creemos que es parte integral de su testimonio viviente y su diaconía creativa. Pero permítanme, como residente de Jerusalén, recordarles que no se olviden de los cristianos árabes en Jerusalén, cuyos números están declinando. Porque, ¿qué será de Jerusalén sin aquellos que llevaron el mensaje de Cristo al mundo hace 2,000 años?

La iglesia de Cristo no vive en santuarios sino en el pueblo. Por esta razón, nuestra Iglesia escucha el mensaje de Jesús: “Me ha ungido el Señor para llevar las buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos y devolver la vista a los ciegos; para dejar a los oprimidos en libertad” (Lc 4.18).

El mensaje de Cristo es de paz y justicia. Nuestra Iglesia ha vivido en medio de dificultades políticas y económicas, y ha visto muchos de sus miembros desplazarse a otros lugares y algunos hasta emigrar. Nuestra Iglesia sufre con todo el que sufre. Vemos cómo crece el fanatismo religioso y el extremismo político, porque el miedo es el denominador común entre los pueblos de Israel y Palestina. Nuestra Iglesia teme que haya personas que quieran transformar el conflicto político en una guerra religiosa. Tememos que ese miedo, inseguridad y rechazo continuo del otro, resulte en más odio, sangre y violencia. Sin embargo, nuestra Iglesia desea ser profética. Queremos sanar el corazón herido, llamar a los presos a la libertad y restaurar la vista a los ciegos. Queremos continuar, con la gracia de Dios, nuestro trabajo por la justicia, la reconciliación, la paz, el perdón y la coexistencia.

Por esa razón, les decimos a todos los políticos en esta celebración que nuestras naciones están cansadas. Es tiempo de implantar la justicia para que los dos pueblos puedan vivir en sus propios estados con seguridad, libertad, paz y reconciliación. Es tiempo que los dos pueblos comprendan que su seguridad y libertad son simbióticas. Es tiempo de escuchar la postura articulada por los Patriarcas y Jefes de las Iglesias en Jerusalén, que llaman a una Jerusalén que sea compartida entre tres religiones y dos naciones, Palestina e Israel. Nuestra Iglesia trabajará con todas las personas de buena conciencia, porque cristianos, musulmanes y judíos afirman los mismos valores de justicia, paz, perdón y aceptación mutua. Nuestra Iglesia desea que las futuras generaciones puedan vivir en paz y seguridad, y que ésta Tierra Santa sea un faro de luz para todos. Ahora es el tiempo del *kairos* de Dios para la justicia y la paz de Jerusalén.

Hugo dijo: “El futuro le pertenece a Dios”. Esa expresión nos llega de Dios y a través del Espíritu Santo que trabaja en nosotros. Nos llama a una vocación apostólica, como Jesús la describió con claridad: “Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo”. Si escuchamos el llamado de nuestro Salvador, entonces nuestro trabajo será un buen ejemplo e inspiración continua, un testimonio vivo y una diaconía creativa.

Que la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, mantenga vuestros corazones y mentes en Cristo Jesús. Amén.